

*Luna llena*



KERI ARTHUR

# *Luna llena*



Libros de  
*seda*

*Luna llena.* Libro 1 de la serie *Guardianes de la noche.*

Título original: *Full Moon Rising. Riley Jenson Guardian 1.*

Copyright © 2006 Keri Arthur

© de la traducción: Ana Gallo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra

Imagen de la cubierta: Thinkstock

Primera edición: abril de 2013

Depósito legal: B. 8612-2013

ISBN: 978-84-15854-04-3

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

## Capítulo 1

La noche era tranquila.

Casi demasiado tranquila.

Aunque ya había pasado la medianoche, era viernes y las noches de los viernes significaban fiesta, por lo menos para los que no teníamos pareja ni turno de noche. Este sector de Melbourne no era exactamente un sitio de diversión, pero había un club nocturno que permitía la entrada tanto a humanos como a no humanos. Y aunque no era un local que yo frecuentara mucho, me gustaba la música que programaban y me encantaba ir bailando por aquella calle cuando volvía a casa.

Pero esa noche no se oía música. Ni risas. Ni siquiera el jolgorio de los borrachos. El único sonido que traía el murmullo del viento era el estrépito del tren al salir de la estación y el ruido sordo del tráfico que llegaba desde la autopista.

Como era de esperar, el club era el lugar predilecto de los camellos y sus víctimas, y por eso las redadas y la clausura del local eran frecuentes. Quizá la policía les había hecho otra visita.

Pero ¿por qué no había ningún movimiento en la calle, ni clientes marchándose contrariados a otros clubes?

¿Y por qué el viento venía cargado con aquel aroma de sangre? Me coloqué el bolso en el hombro para ir más cómoda, luego caminé por el andén de la estación, que permanecía en penumbra, y subí corriendo las escaleras que conducían a la avenida Sunshine. Las luces de la salida estaban apagadas y las sombras me envolvieron en cuanto puse un pie en la calle.

En general no temo a la oscuridad. Después de todo, soy una criatura de la noche y de la luna y estoy acostumbrada a deambular por las calles a horas intempestivas. Esa noche, aunque la luna iniciaba su fase creciente, su blanca luz no conseguía traspasar la gruesa capa de nubes. Pero la fuerza de su resplandor brillaba en mis venas, haciéndome sentir un calor que aumentaría en las noches siguientes.

Aunque no era la proximidad de la luna llena lo que me estaba poniendo nerviosa, ni tampoco la falta de vida que provenía de aquel local casi siempre tan ruidoso. Había algo más, pero no sabía qué. Sentía que algo malo ocurría aquella noche, y no tenía ni idea de por qué.

Sin embargo, no podía pasarlo por alto.

Abandoné la calle que llevaba al apartamento que compartía con mi hermano gemelo y me dirigí al club. Puede que me estuviera imaginando ese olor a sangre o esa maldad de la noche. Puede que el silencio del club no tuviera nada que ver con esas sensaciones. Pero una cosa era cierta, tenía que averiguarlo. Si no, no podría dormirme.

Desde luego la curiosidad no solo mata a los gatos, a menudo también hace pedazos a los licántropos. O en mi caso,

a una medio licántropo. Mi olfato para los líos me había causado más problemas de los que quería recordar.

Por lo general, mi hermano siempre estaba a mi lado, ya fuera luchando junto a mí o alejándose del peligro. Pero Rhoan no se encontraba en casa y no me podía poner en contacto con él. Era un guardián del Consejo General de Otras Razas: un órgano de gobierno entre la policía y los militares. La mayoría de los humanos opinaba que el Consejo era algo más que una fuerza policial especializada en la captura de delincuentes no humanos y, en algunos aspectos, tenía razón. El Consejo, tanto en Australia como en el extranjero, investigaba todo lo concerniente a los no humanos, y sus guardianes no solo capturaban, sino que tenían el poder de ser juez, jurado y verdugo.

Yo también trabajaba para el Consejo, pero no como guardián. Estaba lejos de ser tan despiadada como para ascender del rango de burro de carga para todo el mundo, como le pasaba a la mayoría de los que trabajaban allí. Por supuesto me pusieron a prueba. Y estoy muy feliz de haber fracasado, sobre todo porque el ochenta por ciento del trabajo de un guardián implica asesinatos. Puede que yo fuera medio loba pero no era una asesina. En nuestra pequeña familia, Rhoan era el único que había heredado esos instintos. Si yo tenía alguna habilidad era la de meterme en líos, que era sin lugar a dudas lo que cualquiera se podía encontrar cuando metía las narices donde no debía. Pero ¿iba yo a detenerme por un problema? Por supuesto que no.

Sonreí burlonamente, hundí las manos en los bolsillos del abrigo y aceleré el paso. Los tacones de diez centímetros de mis zapatos repiqueteaban sobre el cemento y resonaban en

el silencio de la calle. Si «había» problemas esperando más adelante aquello me delataría. Así que me puse a caminar sobre la isleta de hierba seca que separaba la calzada de la acera, tratando de que los tacones no se hundieran en la tierra.

La calle doblaba hacia la izquierda y las casas decadentes que se alineaban a cada lado de la calzada daban paso a fábricas y almacenes viejos. El club de Vinnie se encontraba a mitad de la calle y ya desde lejos se veía que estaba cerrado. Sus chillonas luces intermitentes de color verde y rojo estaban apagadas y no había clientes arremolinados cerca de la entrada.

Pero el olor a sangre y la percepción de maldad eran más fuertes que nunca.

Me detuve cerca del tronco de un eucalipto y alcé la nariz para olfatear la suave brisa, en busca de olores que pudieran darme algún indicio de lo que estaba pasando allí delante.

Bajo la intensidad de la sangre me llegaron otros tres olores: excrementos, sudor y miedo. Para que esos dos últimos fueran tan evidentes a aquella distancia, algo grave debía de estar pasando.

Me mordí el labio y casi pensé en llamar al Consejo. No era tonta —no del todo al menos— y fuera lo que fuese que estuviera pasando en ese club me olía mal. Pero ¿de qué iba a informar?, ¿de que había olor a sangre y mierda por el aire?, ¿que un club nocturno, que acostumbraba estar abierto los viernes por la noche, había cerrado de repente? No estarían dispuestos a quitar unas unidades por eso. Necesitaba acercarme más y ver qué estaba pasando en realidad.

Cuanto más me acercaba más se me revolvía el estómago, y más segura estaba de que algo andaba muy mal ahí dentro.



Estudié el edificio desde la sombra de la puerta de un almacén que estaba casi frente al club de Vinnie. No se veía luz en el interior y ninguna de las ventanas estaba rota. La puerta principal, de metal, permanecía cerrada y unos barrotes protegían las ventanas pintadas de color negro.

La puerta lateral estaba cerrada con candado. El edificio se veía seguro. Vacío.

Sin embargo, había algo dentro. Algo que caminaba más silencioso que un gato. Algo que olía a muerto. O mejor dicho, a no muerto.

Un vampiro.

Y a juzgar por el intenso olor a sangre y a sudor humanos que acompañaba su rastro, no estaba solo. De eso sí podía informar. Me coloqué el bolso delante para sacar el teléfono móvil, y al sentir de pronto en mi piel el efecto del calor, me di cuenta de que ya no estaba sola en la calle. Y el mal olor a carne sucia me dijo de quién se trataba.

Me di la vuelta y escudriñé la oscuridad que envolvía la calzada.

—Sé que estás ahí, Gautier. Muéstrate.

Una risita atravesó la noche, un sonido sordo que me puso los pelos de punta. Salió de las sombras y se acercó con tranquilidad. Alto como un poste, Gautier era un vampiro mezquino que odiaba a los licántropos casi tanto como a los humanos que le pagaban para que los protegiera. Pero era uno de los guardianes del Consejo con más éxito y, según se decía, apuntaba a lo más alto.

Si él llegaba hasta allí, yo me iría. El tipo era un cabrón con C mayúscula.

—¿Qué estás haciendo aquí, Riley Jenson?

Su voz, al igual que su oscuro cabello, era suave y empalagosa. Por lo visto, antes de que lo convirtieran había sido vendedor. Y hasta estando muerto se le notaba.

—Vivo cerca de aquí. ¿Qué excusa tienes tú?

Su repentina sonrisa dejó a la vista unos colmillos ensangrentados. Había comido y no hacía mucho. Miré hacia el club. No era posible que fuera tan depravado, que estuviera tan fuera de control.

—Soy un guardián —dijo acercándose y deteniéndose a media docena de pasos de mí, media docena de pasos demasiado cerca para mi gusto—. Nos pagan para patrullar las calles, para mantener a salvo a la humanidad.

Me froté la nariz con la mano, y casi deseé —y no era la primera vez en todos esos años tratando con vampiros— que mi olfato no fuera tan agudo. Hacía tiempo que había desistido de intentar que se ducharan con regularidad. No sé cómo se las arreglaba Rhoan para pasar tanto tiempo entre ellos.

—Vosotros solo rondáis por las calles cuando os sueltan para matar —y haciendo un gesto hacia el club le dije—: ¿Es eso lo que has venido a investigar?

—No —respondió taladrándome con sus ojos marrones, mientras un inquietante zumbido comenzó a interferir en mis ideas—. ¿Cómo sabías que yo estaba allí si las sombras envuelven mi cuerpo?

El zumbido se hizo más fuerte y sonreí. Estaba intentando hacerme una llave mental para forzarme a responder —algo que los vampiros tenían tendencia a hacer cuando querían preguntar lo que de antemano sabían que no sería respondido por las buenas—. Por fortuna, las llaves men-

tales habían sido declaradas ilegales hacía años en la ley de derechos humanos, que establecía los límites en la relación entre las razas no humanas entre sí y con los humanos. El problema es que las leyes les importaban un comino a los muertos.

Pero él no tenía ni la más remota posibilidad conmigo, porque yo era algo que no debería existir, la hija de una loba y un vampiro. Por mi herencia híbrida era inmune a las tácticas controladoras de los vampiros. Y esa inmunidad era la única razón por la que yo trabajaba en el departamento de enlaces de los guardianes del Consejo. Debería haberse dado cuenta de ello, aunque ignorara la razón de mi inmunidad.

—Odio decir esto, Gautier, pero no es que despidas el mejor olor del mundo.

—Estaba a favor del viento.

¡Dios! Ya lo creo que lo estaba.

—Algunos olores son más fuertes que el viento para un lobo —dije vacilando, aunque al final no pude evitar añadir—: ¿Sabes? Puede que seas un no muerto de esos, pero no tienes por qué oler como ellos.

Entrecerró los ojos y su repentina quietud me recordó la de una serpiente a punto de atacar.

—Harías bien en recordar quién soy.

—Y tú harías bien en recordar que estoy entrenada para protegerme de la gente de tu especie.

Resopló.

—Como todos los enlaces, sobrestimas tus capacidades. Puede que tuviera razón, pero desde luego no pensaba admitirlo, porque eso era justo lo que él quería. A Gautier no solo le encantaba atormentar a la mano que le daba de

comer, sino que, con bastante frecuencia, la mordía. Sus superiores se lo permitían porque era un guardián muy bueno.

—Por más que me guste estar aquí intercambiando insultos, lo que de verdad quiero es saber qué está pasando en ese club.

Dirigió su mirada a Vinnie y me relajé algo, pero solo un poco. Cuando se trataba de Gautier no era bueno relajarse demasiado.

—Hay un vampiro dentro del club —dijo.

—Eso lo sabía sin tu ayuda.

Volvió a mirarme, con sus ojos apagados y, en cierta forma, cadavéricos.

—¿Cómo lo sabías? En lo que a vampiros respecta, un licántropo no tiene más percepción que un humano.

Los licántropos no podían, pero yo no era loba del todo, eran mis instintos de vampira los que habían detectado al tipo que estaba dentro del edificio.

—Empiezo a creer que a los vampiros habría que llamarlos «los inmundos». Este apesta casi tanto como tú.

Me miró de nuevo con los ojos entrecerrados, y una vez más tuve la sensación de que el peligro me rondaba.

—Algún día te pasarás de la raya.

Es posible. Pero con un poco de suerte, sería después de que su propia arrogancia acabara con él. Señalé con la mano el club de Vinnie.

—¿Hay alguien vivo ahí dentro?

—Sí.

—Entonces, ¿vas a hacer algo o no?

Su sonrisita sarcástica era en extremo desagradable.

—Yo no.

Parpadeé. Esperaba que dijera muchas cosas, pero la verdad es que esa no.

—¿Por qué demonios no?

—Porque esta noche voy tras una presa más grande —respondió, y su mirada recorriéndome de arriba abajo me puso la piel de gallina. No porque hubiera algo sexual en ella, Gautier no me interesaba más de lo que yo a él, sino porque era la expresión de un depredador midiendo a su próxima presa.

Cuando levantó la mirada hasta cruzarse con la mía, su expresión fue de desafío.

—Si te crees tan condenadamente buena, encárgate de ese asunto.

—No soy un guardián. No puedo.

—Sí puedes —me cortó—, porque eres un enlace de guardianes.

Según la ley puedes interferir si es necesario.

—Pero...

—Hay cinco personas vivas ahí dentro —dijo—. Si quieres que sigan estándolo, ve a rescatarlas. Si no, llama al Consejo y espera. De todas formas, yo me largo.

Y diciendo esto, envolvió su cuerpo en las sombras y desapareció de mi vista. Mis sentidos de vampiro y mujer lobo siguieron a su forma oculta mientras se desplazaba a toda velocidad hacia el sur. Se había ido de verdad.

¡Mierda!

Volví a mirar hacia club de Vinnie. No oía latir ningún corazón y no sabía si Gautier me había dicho la verdad sobre la gente que estaba viva dentro. Puede que yo tuviera una parte de vampiro pero no bebía sangre, y mis sentidos

estaban sintonizados para captar vida. Sin embargo, estaba oliendo a miedo y seguro que no sería así de no haber alguien vivo en el club.

Si llamaba al Consejo no llegarían a tiempo de rescatar a nadie. Debía entrar. No tenía elección.

Saqué el teléfono móvil del bolso y marqué rápidamente el número de emergencias del Consejo. Cuando me respondieron, les di los datos y les conté lo que estaba pasando. La ayuda llegaría en diez minutos, me dijeron.

En diez minutos esa gente de ahí dentro es probable que estuviera muerta.

Metí el teléfono en mi bolso y crucé la calle a grandes zancadas. Aunque había heredado la capacidad de los vampiros para oscurecerme, no me molesté en usarla. El vampiro que estaba dentro sabría que me estaba acercando porque oiría los rápidos latidos de mi corazón.

¿Era por miedo? Pues claro. ¿Quién en su sano juicio no sentiría miedo cuando está a punto de meterse en la guarida de un vampiro? Pero el miedo y yo habíamos vivido juntos muchas aventuras. Nunca antes me había detenido y no me detendría ahora.

Cuando llegué a la acera me detuve y estudié las puertas de hierro. Aunque el impulso de apresurarme comenzaba a abrirse paso en mi mente, sabía que era lo único que no debía hacer. No, si quería salvar alguna vida.

La puerta estaba cerrada con simples candados. Para cerrar el club ponían unos barrotes parecidos a los que se usan en las ventanas para impedir que las fuercen. Eso quería decir que al menos Vinnie se encontraba dentro y casi seguro que también alguno de los camareros.

Cerré los ojos y respiré hondo. Me llegaron tres olores diferentes de la izquierda. De la derecha, el del vampiro y otros dos.

Resoplé y sacudí las piernas para quitarme los zapatos. Unos tacones de diez centímetros están bien para salir de fiesta, pero son una mierda cuando hay que luchar. Por lo menos para los pies. En realidad, los tacones eran una buena arma, sobre todo si estaban hechos de madera, como los míos. No solamente servían como pequeñas estacas cuando tocaba tratar con vampiros, sino que también resultaban muy útiles contra cualquiera. Poca gente pensaría que un zapato pudiera convertirse en un arma peligrosa, pero estos lo eran. Después de tantos años de meterme en problemas imprevistos, por lo menos había aprendido algo: siempre se debe tener a mano un arma. Los dientes de licántropo a veces no parecen lo bastante disuasorios.

Enrollé los bajos de los *jeans* para no tropezar con la tela, luego lancé el bolso hacia la esquina que había a mano derecha de la puerta, fuera de mi camino y de mi vista. Después de apretar los puños con fuerza, avancé y le pegué una patada a la puerta. Esta se movió por el impacto, pero no se abrió. Maldije por lo bajo y le di otra patada. Esta vez salió volando hacia atrás con tanta fuerza que hizo añicos la ventana más próxima.

—¡Consejo de Otras Razas! —exclamé quedándome de pie en el umbral mientras recorría la oscuridad con la mirada. No era capaz ver al vampiro que se escondía en las sombras, pero podía olerlo. ¿Por qué no se lavaba la mayoría de los vampiros?

—Sal o atente a las consecuencias.

No era en rigor la jerga legal, pero me había relacionado lo bastante con guardianes como para saber que a ellos casi nunca les preocupan las legalidades.

—Tú no eres un guardián —respondió una voz suave, casi infantil.

Hice rotar mis hombros intentando aflojar la tensión de los músculos. La voz me llegó desde la izquierda, aunque el mal olor me seguía viniendo por la derecha. ¿Había dos vampiros? Seguro que Gautier me lo hubiera advertido... Entonces recordé su desagradable sonrisa. De acuerdo, el desgraciado lo sabía.

—No he dicho que sea un guardián. He dicho que soy del Consejo. Y mantengo lo que he dicho.

El vampiro resopló.

—Oblígame.

Dijo «oblígame», no oblíganos. Aquel vampiro estaba seguro de que yo no sabía que había dos de ellos.

—Tú, vampiro, esta es tu última oportunidad.

—Puedo oler tu miedo, lobita.

Yo también. Un estremecimiento me recorrió las venas. Pero el olor de mi miedo no era nada comparado con el de los humanos que había en aquella habitación.

Entré en el club.

El aire que venía de la derecha se removió y el acre aroma a muerto se intensificó. Me calmé. Una sombra se elevó sobre mi espalda, su hedor casi me provoca una arcada. Un ligero golpe al posarse en el suelo me avisó de que estaba cerca. Aunque su olor estuviera muy cerca, resultaba demasiado asfixiante para poder precisar dónde se encontraba. Me di la vuelta, y solté una patada con el pie descalzo. El



golpe topó en la oscuridad con algo sólido y el vampiro gruñó. El aire volvió a moverse, lo que me sirvió de aviso. Me volví, batiendo a ciegas el tacón de aguja de mi zapato. Sentí que había rasgado carne y, en ese momento, el vampiro lanzó un alarido de dolor. Esta vez tampoco era la voz de un adulto, parecía más la de un joven. Alguien había convertido a muchachos jóvenes. Solo pensarlo me ponía enferma.

Noté que algo se movía. El primer vampiro se había liberado de las sombras y se puso de puntillas girando en redondo para colocarse frente a mí. Mirándome con sus ojos enrojecidos y con sed de sangre, su delgado rostro se contrajo con rabia. No solo eran jóvenes en términos humanos, sino también como vampiros. Pero eso no los hacía menos peligrosos. Solo un poco menos retorcidos.

Corrí hacia mí. Lo esquivé, luego le di la vuelta al zapato y le sacudí en la barbilla tan fuerte que se oyó el impacto. Soltó un alarido y comenzó a repartir puñetazos a diestro y siniestro. Me eché hacia atrás y sentí el aire de un puño acariciando mi barbilla. El tufo a carne sucia me inundó de nuevo. Agarré por un mechón de pelo al vampiro de la melena castaña y lo lancé de un tirón para cortarle el paso al segundo vampiro.

Chocaron con tanta fuerza que los dientes les castañetearon, pero no fue suficiente para dejarles sin sentido. El primero se volvió no sé cómo y me dio un puñetazo que me impactó en un lado de la cara con tanta fuerza que me hizo caer. Me di contra la tarima y solté los zapatos. Por un momento hasta vi estrellas. Luego uno de los vampiros se me tiró encima cubriéndome con todo su cuerpo e inmovilizándome. Su hedor inundó mis sentidos haciéndome difícil respirar mientras sus colmillos crecían ante la perspectiva de comida.

Pero ese no iba a comer de «mi» cuello, ni hablar.

Me revolví para quitármelo de encima, pero sus piernas estaban entrelazadas en torno a mí para sujetarse. Se río, y de pronto todo lo que vi fueron unos dientes ensangrentados hundiéndose en mi carne.

—Ni se te ocurra, maldito.

Interpuse mi brazo entre los dos. Sus dientes me rajaron la muñeca con un corte profundo y un dolor candente me penetró recorriendo todo mi cuerpo. Algunos vampiros hacen de la experiencia de chupar sangre algo placentero, pero desde luego este no. Quizás era demasiado joven. Fuera cual fuese la razón, grité.

El otro vampiro se rió, lo que solo sirvió para avivar mi furia. De mis brazos surgió una fuerza que eliminó el dolor momentáneamente. Mientras el vampiro chupaba con avidez mi sangre, introduje la mano que tenía libre en su melena, le agarré del pelo y tiré de su cabeza hacia atrás, desclavando sus dientes de mi brazo. Mientras chillaba sorprendido, apreté mi puño ensangrentado y le golpeé en la boca tan fuerte como pude. Sangre, dientes y huesos saltaron por los aires. Y su chillido se convirtió en un aullido agónico. Me revolví con fuerza otra vez y lo lancé hacia atrás por encima de mi cabeza. Cuando cayó al suelo, la espalda le crujió al dar contra la barra, y ya no se levantó.

Uno fuera de juego, quedaba otro.

Y ese otro venía volando en picado hacia mí. Me puse en pie con dificultad y me aparté de su camino. El vampiro se volvió en el aire y se posó en el suelo como un gato. Llevaba botas y con una de sus piernas me hizo un barrido tratando de derribarme. Salté para esquivar el golpe y al bajar le

aplasté los pies. Cayó al suelo y se dio un buen golpe en el trasero, pero se repuso enseguida y se abalanzó sobre mí. Un puñetazo me impactó contra el muslo e hizo que me tambalease. El vampiro se levantó al instante dejando ver en la oscuridad el brillo de sus colmillos. Fallé un golpe que iba dirigido a su cabeza, me di la vuelta y me abalancé sobre él con mis zapatos. Si acertaba en el sitio preciso, mataría a aquel chupasangre.

De todos modos, no importaba dónde le diera, una estaca de madera colgando de su pecho no solo lo haría más lento, sino que le quemaría de manera brutal. En realidad, nadie sabía a ciencia cierta por qué, puesto que los vampiros podían tocar la madera sin problemas. Algunas teorías recientes sugerían que se debía a un tipo de reacción química entre su sangre y la madera, y «esa» era la razón por la que una estaca en el corazón podía matar a un vampiro. Les provoca una reacción que carboniza sus órganos internos, de la misma manera que la luz del sol chamusca a los vampiros nuevos que son tan tontos como para salir al exterior.

El vampiro se me echó encima gruñendo con rabia. Agarré el zapato, le arranqué el tacón y luego rodé por debajo de él poniéndome en pie de un salto. Cuando estuvo frente a mí, le clavé la estaca en el pecho lo más adentro que pude.

Como se revolvió, perdí el punto exacto. Pero no importaba. En ese momento cualquier cosa servía. Se detuvo en seco y se quedó mirando con fijeza los borbotones ardientes que salían de su herida. En ese momento lo solté. Cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Durante unos instantes me quedé ahí, luchando desesperadamente por recobrar el aire de mis pulmones. Cuan-

do pude volver a respirar, el dolor me llegó como una oleada que me devoraba. Hice una inspiración tan honda que me estremecí y llamé al lobo que merodeaba en mi interior.

Una fuerza estremecedora me recorrió venas, huesos y músculos con un hormigueo; la vista se me nubló y el dolor se atenuó. Mis extremidades se acortaron, se transformaron y recompusieron: ahora quien estaba de pie en el club era otro ser no humano, un lobo. Permanecí así varios segundos, jadeando y escuchando el silencio, atenta a cualquier movimiento; luego retomé mi forma humana.

Las células corporales de un licántropo conservan los datos de las células del cuerpo en el que se transforman, por eso viven tanto. En la transformación las células dañadas se reparan y las heridas se curan. Y aunque por lo general se tarda más de una transformación en recuperarse de heridas tan profundas como las que yo tenía en el brazo, con una al menos detendría la hemorragia y empezaría el proceso de curación.

Era evidente que transformarse estando totalmente vestida nunca es bueno para la ropa, en especial cuando lo que llevas es tan delicado como el *top* de encaje que vestía. Por lo menos mis *jeans* eran de tejido elástico y solían aguantar el cambio sin deformarse mucho.

En cuanto volví a mi forma humana, anudé los trozos de blusa que me quedaban, y me di la vuelta, buscando en la oscuridad a los humanos que había allí, en alguna parte. Fue entonces cuando empezaron las palmadas. Era un palmoteo solitario y sarcástico.

Sabía que se trataba de Gautier sin siquiera olerlo.

—Desgraciado —le dije mientras me volvía para mirarle de frente—. ¿Estabas ahí mirando?

No había nada de agradable en aquella sonrisa.

—Tenías razón, puedes arreglártelas sola.

—¿Por qué no me has ayudado?

Se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar.

—Solo he vuelto a tiempo para ver cómo le clavabas el tacón a ese en el pecho. Una innovación interesante, por cierto.

Quería enfadarme con él, o mejor aún, agarrar el otro zapato y clavárselo a aquel asqueroso, pero ¿de qué serviría? Gautier se retorcería y disfrutaría de la caricia del fuego atravesando su carne.

—Llamé al Consejo, ¿por eso estás aquí?

Asintió con la cabeza y se agachó junto al vampiro al que yo había atravesado.

—El Consejo no recibe todos los días la llamada de emergencia de un enlace. Jack dio la orden a todos los guardianes que estuvieran por esta zona de que investigaran y detuvieran a quien hiciera falta —dijo alzando la cabeza y mirándome—. Figúrate qué suerte, estando yo tan cerca.

«Figúrate», pensé con acritud, y me di la vuelta con los pies descalzos, para ir hasta la esquina donde yacían Vinnie y una mujer, que supuse era una de las camareras. Aquel hombre corpulento estaba lleno de cortes en los brazos, el pecho y una mejilla, pero no todos eran igual de profundos. Tenía la pierna doblada formando un ángulo raro y, a pesar de la tenue luz, pude distinguir la tibia blanca. Él mismo había logrado hacerse un torniquete alrededor del muslo, pero a pesar de eso, había perdido mucha sangre. Me pregunté por qué aquellos pequeños vampiros no se la habían bebido.

La mujer no había salido tan bien parada. Tenía la blusa abierta y rasgada, y sus pechos mostraban cortes muy profundos. Los vampiros los habían succionado como los niños hacen con sus madres, y por cómo se veían, la habían dejado seca.

Me agaché junto a Vinnie. Cuando me miró, su expresión era distante, asustada.

—Se metieron cuando abrí. Ni siquiera los vi.

Coloqué la mano sobre la suya. Estaba fría. Húmeda.

—Llamaré a una ambulancia. No deben de estar lejos.

—¿Y Doreen? ¿Se encuentra bien? Dios mío, ¿qué han hecho con ella?

Miré al cadáver de Doreen. El reflejo del terror aún se veía en el azul de sus ojos sin vida. Qué manera tan repugnante de pasar los últimos momentos en este mundo.

Se me revolvió el estómago y me subió bilis a la boca. Me la tragué y apreté la mano de Vinnie.

—Estoy segura de que se pondrá bien.

—¿Y los demás?

Dudé.

—Si me voy a mirar, ¿seguro que no me necesitaréis?

Asintió con la cabeza.

—Doreen y yo te esperaremos aquí.

—No me alejaré mucho.

Mientras me levantaba oí el chasquido de un hueso. Era Gautier terminando lo que yo había empezado.

No es que romperles el cuello a los vampiros los mate, pero sin duda, los incapacita un rato. El suficiente como para meterles una estaca en su negro corazón. Gautier no necesitaba neutralizar a ningún vampiro para clavarle una estaca, simplemente se divertía con ello. Disfrutaba viendo el miedo

en sus ojos mientras la sostenía y se la clavaba en el corazón. Lo que significaba con toda probabilidad que en aquel momento estaba muy molesto conmigo porque había dejado inconscientes a aquellos dos vampiritos, robándole ese placer. Quién sabe por qué les estaba rompiendo el cuello. Tal vez era una costumbre. Quizá solo le gustaba el sonido.

Pasé por delante de él como si nada, como si cada día viera ejecutar a vampiros delincuentes en mi presencia. Cualquier otra reacción hubiera sido fatal, porque me estaba observando como un gato a un ratón.

Y no tenía ninguna intención de ser el ratón de Gautier.

El sonido distante de las sirenas rompió el silencio mientras me agachaba junto a las otras tres mujeres. Las tres tenían cortes muy graves y al menos dos de ellas habían sido violadas. Cuando oí el rumor del suave crujido de la madera penetrando en la carne y atravesando los huesos hasta el corazón, una parte de mí se alegró muchísimo. Esos desgraciados no se merecían un juicio justo ni nada parecido. Ni siquiera se merecían la rapidez con la que les estaba clavando la estaca.

Por fin llegaron los equipos de emergencia. Mientras atendían a Vinnie y a las mujeres, hice mi declaración a los policías. Gautier mostró rápidamente sus credenciales y salió. Pero la mirada que me dirigió mientras envolvía su cuerpo en las sombras me hizo entender que no íbamos a ser amigos durante mucho tiempo. Eso no me sorprendía.

En cuanto pude, recogí mi bolso y me largué de allí.

El aire de la noche era agradable comparado con el del club e inspiré a fondo, permitiendo que mis pulmones se llenaran, y luego me sacudí la suciedad. La sangre aún flo-

taba en el aire, pero eso era natural, sobre todo porque yo llevaba mucha encima.

Lo que necesitaba era una buena ducha. Así que me crucé el bolso en bandolera y me dirigí a casa con los pies descalzos. Pero apenas había dado una docena de pasos cuando la sensación de que algo iba mal me llegó de nuevo, y esta vez más fuerte que antes.

Me detuve y miré por encima del hombro. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué sentía eso si lo del club ya se había resuelto?

Entonces me llegó otra vez.

Pero aquello no procedía del club ni de la noche. Venía de un lugar más lejano. Un lugar más personal. Un lugar originado en el vínculo de los gemelos.

Mi hermano estaba en peligro.

Libros de  
*sead*